

12(927-)

ISSN 0568-3939

REVISTA  
CHILENA  
DE  
INVESTIGACIONES  
ESTETICAS

aisthesis 25-26 1992-93

ECOLOGIA Y ESTETICA

Instituto de Estética

Facultad de Filosofía

Pontificia Universidad Católica de Chile

## ESTETICA, ETICA, ECOLOGIA

*Fidel Sepúlveda Llanos*

### I El arte de vivir

“La vida no es viable sino como arte de vivir. Este arte de vivir es un arte modular donde la vida humana se sintoniza con la vida del entorno y juntas modulan un programa. Ante la escasez de recursos y la abundancia de necesidades, o se reducen las necesidades a lo esencial (y eso requiere discernimiento crítico), y/o de otro modo se amplía la capacidad de atención a los recursos escasos con que se cuenta. Esto es la sabiduría para leer al interior de la naturaleza humana aquello que en su esencia la atiende y satisface y asumir esto como el sentido, la vía a la felicidad. Y está lo otro. La revelación de que cada cosa, cada segmento de la realidad es un universo articulado con materiales de riqueza infinita.

El arte de vivir entonces es el arte de modular la existencia en lo esencial de modo de hacer presente la **maravilla**: lo poco es mucho, lo simple es complejo, lo imposible es posible, lo imposible no existe. La felicidad no radica en la cantidad de

cosas, sino en descubrir la **inagotabilidad** de cada cosa simple de la realidad. Cada cosa puede atender múltiples necesidades si se sabe abrir la puerta para la revelación de su potencialidad.

Captar la disponibilidad —capacidad y disposición— para subvenir la necesidad humana es la clave para el arte de vivir”<sup>1</sup>.

En esta perspectiva y en el contexto nuestro chileno y latinoamericano, la estética aparece como eje y puente viable para revelar el ser de nuestra comunidad.

Por una parte la estética tiene un pie puesto en el entorno natural y socio-histórico y tiene la misión de atender los mensajes que dicen lo de la vida de nuestras comunidades, y tiene el otro pie puesto en la frontera de la trascendencia y prepara para la recepción de la acupuntura del misterio.

A la estética le corresponde atender un doble requerimiento: lo de acá y lo de más allá, entendiendo que ambos tienen un punto de en-

1.- Sepúlveda, Fidel: “Nicanor, Violeta, Roberto Parra. Encuentro de tradición y vanguardia”. *Aisthesis* N°24, Santiago, 1991.

cuentro, en el sentido de ser-estar aquí y ahora. Un aquí que es un más acá y un más allá y un ahora que es un antes del antes y un después del después.

Al arte de vivir aquí y ahora le compete recuperar el sentido de plenitud del mundo y del hombre. Esta recuperación del sentido pasa por el posesionamiento, por la autovvalidación de nuestros sentidos. Esto sucede cuando los asume como instancia de encuentro entre el sujeto y el objeto, entre el hombre y el mundo.

Los sentidos como instancia de patentización de la exuberancia de todo lo existente, evidencian lo invisible en lo visible, lo imponderable en lo cuantificable. Para que teniendo ojos, el hombre vea lo que hay que ver; teniendo oídos, oiga lo que hay que escuchar; para que sienta en los aromas, el espíritu de las materias; en los sabores, el alma de las sustancias; en las texturas, el entramado del ser; para que registre en los sentidos, el sentido.

La estética está llamada a reclamar de nuestros sentidos el ser fieles al ser. El mundo actual tiene oídos y no escucha; tiene ojos y no ve. Ha hecho dejación de su ser. Lo rodea la erosión, la corrosión, la destrucción y desmantelamiento del mundo en que habita y hace oídos sordos a este clamor y se echa tierra y pseudo razones a los ojos. Se ha desposeído de su sensibilidad como condición, como el pago del peaje para circular en este mundo.

A la estética le corresponde hoy conducir al hombre a la asunción de su condición de ser sensible; evidenciarle que no le está permitido ser insensible a la destrucción del mun-

do, a su reduccionismo a sólo lo material.

Pero este ser sensible al sentir, no termina en los sentidos, sino que pasa por asumir su sentimiento, atreviéndose a sentir lo que está llamado a sentir su corazón bien nacido: esto es, a ser movilizado por los mensajes de la vida que animan nuestro entorno natural y cultural.

Hay razones del corazón que la razón no comprende. La estética en nuestra sociedad está llamada a acoger y validar estas razones. Lo mejor de este entrañado sentir de la humanidad ha sido rescatado del no ser por el arte de crear la humanidad, de darle materia y forma a la experiencia inédita del ser hombre.

Las culturas de todos los pueblos han dedicado su mejor tiempo a encarnar este sentimiento en el arte-vida de sus rituales. Con ello han buscado establecer un diálogo entre esto y lo otro, entre la precariedad y la plenitud.

Pero el sentir la experiencia del ser en la frontera entre ésta y la otra orilla se hace carne como un discernimiento radical, como una evidencia primera: lo invisible es real. Es realidad con signo más. Hay que ser realistas y esto pasa porque hay que contar con el misterio. Hay que consultarlo en nuestros planes.

Este discernimiento compromete a la estética, le revela su misión detectora de la vocación esencial del hombre: la de crear. La naturaleza humana no está atendida en su integridad si no objetiva esta apetencia radical de su ser: creación individual, creación comunitaria, transfiguración de la cotidianidad en armonía, coherencia, *sentido*; capilaridad,

correspondencia de las partes con el todo, del todo con las partes; racionalidad con el micro y el macrocosmos.

A esto lo denominamos arte de vivir. A la atención, al cultivo de las instancias de encuentro del hombre consigo mismo, con el mundo, con el trasmundo. Vida encontrada, acordada con su biorritmo esencial, con la aprehensión de su sentido por un proceso de sucesivas muertes-vidas que le llevan a cotas cada vez más altas desde lo cuantitativo a lo cualitativo.

El arte de vivir lo perfilan las sucesivas revelaciones del sentido de ser hombre y se encarna en los encuentros de la precariedad humana con los valores recurrentes del bien, la verdad, la belleza. El arte de vivir crea al hombre nuevo, al sujeto estético.

Las creaciones humanas son su revelación, su confirmación, su proyección. En ellas se escriben las actas de creación de la especie. Son su Carta Magna. Más que documentos son monumentos que la especie se ha erigido, en los que se mira, se piensa, se sueña.

En esta perspectiva, el sujeto estético es un experto en humanidad. Su especialidad es la universalidad involucrada en la vocación de ser hombre, de ser en la frontera entre esta orilla tangible, mensurable, y la otra orilla intangible, inmensurable.

El sujeto estético es el que siente cuajado de latencias el espacio. Espacio acogiendo y emitiendo signos de su apetencia y exuberancia de ser, delatando infinitos niveles que apuntan a lo alto y a lo hondo, a la piel y a la entraña.

Para el sujeto estético una gota de agua y un grano de arena, un estambre y una espora convocan el afán de ser del universo.

El sujeto estético está en realidad. Logra el acceso al tiempo vital. Vive en plenitud el presente sin que la nostalgia lo desangre al pasado y sin que la utopía lo desangre al futuro. La nostalgia le rescata la vitalidad del pasado. La utopía le revela la vigencia ya presente del futuro.

Para el sujeto estético el presente es escritura de instantes en que arden astillas de eternidad. Vivir estéticamente es asumir la experiencia de ser manantial perenne de revelaciones, de una parte, y, de otra, ser desnuda vulnerabilidad a toda revelación: la de la contingencia y la de la trascendencia, la de lo profano y la de lo sagrado.

La belleza salvará al mundo, dijo Dostoievski, hace ya un siglo.

*"Con mi razón apenas, con mis dedos*

*con lentas aguas lentas inundadas"*

es el camino estético que nos propone Neruda para entrar a la madera y en el encuentro lograr la experiencia de liberación de la materia y el espíritu: la experiencia misteriosa de la encarnación. En esta experiencia, conocer el ser del hombre y el ser del mundo.

Desde aquí parece viable vislumbrar a la estética como fuente de una ética y de una ecología.

Conocer el ser del hombre por la creación de las obras de arte y de estilos de vida, que es el arte de vivir. Ambas creaciones las entendemos como creación de instancias de encuentro con el sentido. La creación de obras y de estilos de vivir descubre

que inmanencia y trascendencia son dos caras —anverso y reverso— del ser. El arte patentiza la densidad ontológica del mundo, transparente, irradia su estructura final, misteriosa.

El sentido se crea en el sentir-comprender-proyectar-hacer del arte, rescatando significantes de las cosas del mundo; rescatando lo significativo de lo aparentemente insignificante, esto es, el mundo de las cosas; rescatando que todo es altamente significativo, esto es, el voltaje valórico de la realidad; rescatando que nada hay que sea insignificante, esto es, el coeficiente de infinitud que anima a todo lo existente físico, psíquico, espiritual.

Tal sentido arroja luz para una ética y una ecología. El arte revela la pluridimensión, la pluridirección de todo lo existente.

Por esta condición el mundo está "en hacia", como dice un filósofo, y llega a interpelar al hombre, a tocar la puerta de "lo profético" que hay en él, como dice Neruda.

Por esta condición el hombre está "en hacia" y va a interpelar al mundo, en busca de su "materia misteriosa", como dice el mismo Neruda.

Por esta condición similar del mundo y del hombre es viable el encuentro entre ambos en una opción por la vida con signo más.

El ser, los seres se sienten atendidos y entendidos, comprendidos en su dimensión plural, gracias a un sistema de capilaridad que vincula y anima a estética y ecología.

Función de la estética hoy y aquí: discernir acerca del sentido de ser hoy en la creación de obras y en la creación de vida, desde una filosofía

de la vinculación, con el otro, con lo otro.

La historia del arte patentiza este estar en realidad de la creación individual y colectiva. Las creaciones artísticas son la fuente más lúcida, honda, matizada para revelar la verdadera historia del hombre, alumbrando el entramado de la intrahistoria.

La vocación estética es un universal del hombre que se hace presente por los sentidos y su atención a la infinita virtualidad expresiva de la materia y por una facultad transconsciente que, entre la "inocencia y la conciencia", ausculta las claves de sentido que guían a la especie humana.

## II El paradigma de la oralidad.

Esto está patentizado en nuestra tradición en la narrativa oral. Ahí convergen ética, estética y ecología como focos irradiadores de sentido.

En el nicho ecológico de la oralidad, los cuentos tradicionales se revelan como hitos que iluminan el sentido de la itinerancia humana.

Hitos para el niño que hay en cada hombre, para el hombre que hay en cada niño. Para el rescate y desarrollo de su identidad, esto es, la experiencia de crecer en humanidad desde el lugar, desde la región desde la leche materna de la patria chica.

La narrativa oral va en busca de la experiencia de humanidad en comunidad. De la comunidad de yoes que hay en cada uno de nosotros y a la que no siempre se oye y se atiende. De la comunidad de personas que es la familia y donde estos cuentos se han renovado, generación tras gene-

ración. De la comunidad de individuos que buscan ser personas, que es la auténtica sociedad.

De estos relatos surge un perfil, un paradigma de hombre y de sociedad. Este modelo extrae su dirección de un núcleo de valores. Todos los héroes de estos cuentos avanzan tironeados por una memoria del pasado que es proyecto de futuro.

Hacen su itinerancia en busca de valores que suplan sus carencias. Acuerdan sus contratos consigo mismos, con los otros, desde lo más profundo y decisivo de su ser. Asumen las pruebas para lograr sus objetivos poniendo en juego la integralidad de la persona. Reciben la sanción, premio o castigo, como la revelación de la justicia que rige al acontecer humano. El cuento articula un modelo que invita a creer que la vida tiene sentido, que este sentido es gratificante. Que no sólo vale la pena la vida sino que es una maravilla por la que hay que dar gracias cada día.

Creados y criados por la comunidad, los cuentos tradicionales viven en comunidad, son comunidad. Su autor no es un individuo. Es una cadena de generaciones de diversas razas, culturas, civilizaciones. Todas y cada una buscando decir la vida desde lo más neurálgico.

La originalidad aquí no es la rareza, la novedad. La originalidad de estos relatos consiste en escuchar y atender al origen, a la raíz y la semilla de lo humano. Cuando lo de la vida está bien dicho se lo reedita, se lo ratifica. Pero, normalmente, lo de la vida es tan profundo y tan complejo que nunca termina de decirse bien. Entonces la comunidad se embarca a buscar decirlo mejor des-

de su experiencia.

En el cuento folklórico no hay un texto. Hay muchos textos. Miles, millones de variantes donde la vida anda buscando decir lo suyo de acuerdo a su experiencia del aquí y del ahora. De la lectura de estos cuentos resulta una perspectiva fascinante. Hay un gran despliegue a lo largo del tiempo de la infinita riqueza que velan ciertos símbolos e imágenes. A lo largo del tiempo y del espacio las variantes, las versiones van mostrando lo que se esconde bajo este material, este gesto, este objeto. La reaparición, la recurrencia de tales imágenes y símbolos nos van mostrando los ejes, los centros de esa visión de mundo. Reaparecen pero no se repiten. En cada aparición revelan parte de su riqueza, de su capacidad para significar.

Estas imágenes y símbolos matrices forman familia, comunidad con todas sus variantes. Parte de esta familia son las relaciones que estas variantes contraen con otras variantes.

Así, lo que no dice este símbolo en esta situación, lo dice en aquella otra que aparece en otro cuento.

Cada cuento es una frase de un gran relato de la vida de la comunidad. El cuento largo es el conjunto de relatos que mantiene viva la memoria de una cultura. Este corpus vive, se crea y se recrea en una experiencia de comunidad. Como en la vida, en la oralidad lo que no dice un miembro del grupo lo dice el otro; lo que no se dijo hoy se dirá mañana.

La comunidad de los cuentos mostrará que ningún relato, como ningún hombre, encarna completo el sentido de lo humano. Pero el encuentro de todos en comunidad revela la

riqueza y la complejidad que implica ser hombre.

Como proyección de la historia humana, encarnación en el arte de lo que es vivir, los cuentos dan cuenta del pasado, del presente y del futuro. Ellos nos abren a la lectura del pasado en sus hechos fundamentales. Nos entrenan para descifrar los misterios del destino humano y para asumirlo con sabiduría en el presente. Nos indician acerca del futuro a partir del pasado y del presente, presentando la vida como una itinerancia llena de fe, de esperanza, donde todo tiene una salida.

En este contexto, el héroe es un ser que avanza al encuentro de sí mismo, de los otros, del mundo. Su característica esencial es esta vocación de encuentro, sobre todo con los aparentemente insignificantes. El mismo suele aparecer como insignificante. Es un niño, es un iletrado, es un menesteroso, un tontito, etc. Su fuerza no deriva ni de la economía ni de la política ni de la ciencia o la cultura.

Su punto de partida es la vocación a ayudarse o a ayudar. Asume la carencia de sí mismo y de los otros. Los medios de que dispone son mínimos y netamente insuficientes para llevar adelante su empresa. Pero, entonces, le van saliendo al camino ocasiones, situaciones múltiples. Su condición de héroe va a depender de su disponibilidad para atender al entorno, a los otros. La apertura a los demás seres es clave para avanzar al encuentro del sentido de la vida. El héroe del cuento oral termina revelándose un experto en el arte de sentir y de comprender lo del hombre, lo del mundo, lo de Dios. Lo del más

acá y lo del más allá. Los cuentos del folklore chileno nos abren una caja de sorpresas de la que podemos extraer lecciones profundas para alfabetizarnos en el arte de vivir. Este arte implica el despliegue de las potencialidades humanas para crear encarnando la belleza del hombre y del mundo. Este es el valor estético. Implica, también, el desarrollo de la facultad de discernir lo bueno y lo malo del actuar humano. Este es el valor ético. Implica, por último, el rescate de una relación creadora, solidaria del hombre con el mundo entorno natural y cultural. Este es el valor ecológico.

Estos cuentos ayudan a leernos. Leernos aquí se entiende como conocernos, comprendernos, asumarnos. Asumir nuestra historia, nuestra contingencia, pero también nuestra trascendencia. Aprender a respetarnos, a valorarnos, a mejorar nuestra autoestima.

En esta línea invitan a una aventura que bien asumida puede ser fascinante: la lectura-escritura. Toda lectura para ser tal, exige ser complementada por una escritura. Todo texto es un apunte apenas, acerca de algo. Como tal pide que el lector aporte su experiencia, sensibilidad, afectividad, imaginación. Se ponga a la tarea de continuar la escritura del autor con la suya de lector, la del emisor con la del receptor.

Esto es lo que ha pasado con los cuentos folklóricos. Han perdurado porque cada vez que se relatan, se rehacen. Los rehace el narrador pero también cada uno de los auditores. Estos los ponen en éste su espacio, su tiempo, su acontecer, sus personajes. Hay una recreación que es creación y

crítica a la vez.

El cuento a lo largo de sus infinitas experiencias de ser contado ha ido incorporando como natural este encuentro de la creación y la crítica. Una creación que es crítica: que elimina lo que no es significativo e incorpora lo vital para este momento en que se cuenta este cuento.

Acontece, a su vez, una crítica que no es conceptual, sino encarnada como tal variante que enfatiza o desarrolla o sintetiza o atenúa tal dimensión del relato heredado.

Estos cuentos son una invitación a participar activa, creadoramente en la interpretación, comprensión, recreación, creación de espacios, tiempos, acontecimientos, personajes de nuestra cultura.

En este corpus de creaciones comunitarias hay una propuesta para atender la palabra viva del decir cotidiano y acercársela al cuento, para que ambos se revitalicen. Propuesta para que la palabra oral y la palabra escrita, la lectura y la escritura, la vida y el arte se encuentren.

En el fondo está el deseo que el hombre se encuentre con la vida como el arte de vivir y acelere su aprendizaje escuchando los maestros en este saber —el más difícil y más importante— como son los personajes de nuestra tradición oral.

Una brevísima incursión por el cuento nos mostrará la visión de mundo del pueblo chileno —lo que siente y piensa— frente al tener, al poder, al valer; frente a lo masculino y a lo femenino; frente a la naturaleza y a la cultura; frente a lo sagrado y a lo profano.

### III La calidad de vida.

En la meta de la itinerancia humana está la mejoría de la calidad de vida. Tal mejoría no es una cuestión puramente económica sino ética. La calidad de vida tiene unas bases materiales, pero también psíquicas y espirituales. En el mundo desarrollado se han mejorado las bases económicas pero esto no ha ido acompañado del factor psíquico ni espiritual. Lo psíquico, pasado un cierto umbral más bien sufre un deterioro que en muchos casos va en proporción inversa al desarrollo. En el caso de lo espiritual, tampoco se puede hablar de un desarrollo armónico donde las sociedades ricas en lo material disfrutan de riqueza en lo relativo al espíritu. Más bien ocurre lo contrario. Lo material va copando el universo y el horizonte de las sociedades prósperas y como que fuera erradicando la dimensión espiritual de sus miembros.

Ocurre en estos casos lo del mito del Rey Midas, que tiene la facultad de convertir en oro todo lo que toca, pero esta facultad no resuelve sus necesidades básicas sino que lo conduce a la muerte. Muerte por hambre y por sed, por carencia de lo esencial.

La hipertrofia del tener en la sociedad contemporánea conduce a una sed y a un hambre que no pueden ser satisfechas con lo que da el tener. Así el hombre de la era actual no disfruta de paz, de armonía, de felicidad. Sumido en la oferta de bienes materiales como único horizonte, se desespera por no tener todo lo que desea. No toma la distancia necesaria para dimensionar sus necesidades esenciales y se consume buscando satisfacer la proliferación de necesi-

dades superfluas, en muchos casos.

El hombre de la era post-industrial ha recortado su mundo por lo alto, por lo ancho y por lo hondo. Se ha unidimensionado. La polarización de sus aspiraciones a lo material deja sin atención sus necesidades fundamentales. Pero éstas no desaparecen. Están ahí postergadas y cuanto mayor es esta postergación, más lesión, más deterioro se produce a nivel de la economía esencial del hombre.

Diera la impresión que el ideal del hombre contemporáneo fuera erradicar la necesidad de búsqueda de otros bienes que no sean los materiales. La condición itinerante del hombre, la que ha llevado a la especie a sus hallazgos más valiosos, en este momento pareciera haber sido desterrada. En su lugar se ha implantado el proyecto concreto del hombre "aterrizado" en una sedentariedad de corto alcance. Su proyecto, en este caso, pareciera ser el de organizar su actividad para ganar dinero y con él comprar todo lo que necesita. Así, la imagen de su ideal sería instalar su morada en el centro del supermercado, de modo de tener al alcance de la mano todos los productos. Su trabajo es para tener todo el dinero del mundo para adquirir todos los productos del mundo. La *imagen mundi*, en este caso, es el mundo convertido en un supermercado. Supermercado, además, de productos terminados.

En esta situación ya no hay la necesidad de inventar, de crear nada. Ya todo está inventado. Los bienes elaborados ya han previsto las necesidades humanas. Se ha suprimido la necesidad de auscultar la intimidad para que ésta le alumbre al hombre acerca de sus carencias y oriente

su capacidad creadora a generar los bienes idóneos para satisfacer sus carencias.

La presencia humana en la sociedad contemporánea está jibarizada en cuanto a su envergadura multidimensional. No hay la distancia para ver en perspectiva lo que es el hombre. Más bien hay una fusión, un empastamiento que le impide captar y atender su especificidad de "ser del distanciamiento", capaz de ver lo que es y lo que podría y debería ser.

Así el hombre ha regresado a una suerte de tropismo subhumano. Aquello de que "el tiempo es oro" ha focalizado su capacidad creadora y lo ha dejado sin tiempo para atender lo hondo, lo alto, lo radical de su vocación esencial.

Lo ha dejado sin tiempo. Sin perspectiva de pasado para ponderar la historia y valorar lo que los antepasados hicieron para avanzar las fronteras de la experiencia humana en el ámbito del espíritu. Sin proyección de futuro donde haya lugar para un proyecto de mundo integralmente mejor. Sin apertura al presente para rescatar tiempo para lo esencial, lo que satisfaga su apetencia de infinito. Al no tener antenas para comprender y asumir la auténtica temporalidad humana, el hombre de hoy es víctima del vértigo, del no tiempo.

Pero también es víctima del no-espacio. Este está expropiado por cosas estandarizadas, que mediatizan y, a la postre, impiden que llegue a la realidad originaria. Este conjunto de cosas hechas a medida de un hombre subdimensionado, le hurtan la experiencia de ser en el mundo, de ser del mundo. El mundo

de cosas artificiales lo asfixia en el artificio. Acontece la contaminación visual, auditiva, olfativa, gustativa, táctil. Los sentidos se ahogan en este circuito de artefactos hechos a medida para un hombre al cual no le han tomado las medidas correctas. No le han consultado acerca del sentido. Así, los sentidos en lugar de proveer al sentido cabal del hombre, lo extravían hasta dejarlo en el laberinto del sin sentido. La saturación de estímulos a nivel de la superficie de su ser lo encierran y angustian. Lo despojan de la situación y horizonte donde poder relacionarse vitalmente con el mundo, con el mundo de las cosas que le alumbren su dimensión ilimitada.

El circuito de artefactos, además, le impiden ser sujeto, protagonista de un acontecer con sentido. El acontecer del hombre y del mundo está retrocedido hasta ser inasible. En su lugar, el hombre actual se ve rodeado hasta donde alcanza su alcance por acontecimientos concretos, pragmáticos, de finalidades inmediatas. Es tal la cantidad de estos acontecimientos que no le dejan resquicio por donde asomarse a auscultar otro tipo de acontecimientos. Lo visible ciega su visión, le produce fascinación, que es una especie de ceguera. Lo invisible, lo misterioso, lo profundo no tiene cabida en esta operación saturadora. Hay un dinamismo desencadenado que encadena y urge a seguir la multiplicidad de cadenas del acontecer. Pero todo este dinamismo no va más allá del aquí y del ahora y este *hic et nunc* es plano y discurre a una velocidad uniformemente acelerada que no permite detenerse y bajarse de este carrusel

que gira en redondo, mostrando una variedad que a la larga se traduce en una insoportable monotonía. Resiente "la insoportable levedad del ser", de que habla Kundera.

En un mundo donde los símbolos se han reducido a signos y estos a señales, el hombre se siente llevado a sentirse cosa entre las cosas, objeto sin objeto al cual orientar su afán de búsqueda de más ser.

La erradicación de realidades que están irradiando su densidad de ser y su sustitución por artefactos que entregan una presencia adelgazada y unidireccional, desarraiga al hombre de su ser, lo desinstala de su entorno natural. Por esta vía le acontece al hombre la desorientación y la abdicación de su destino. En este punto ocurre el deterioro de su calidad de vida. Esto se da cuando el ser humano como individuo y como sociedad pierde la memoria y la perspectiva en que debe estar el tener, el poder y el valer.

Es lo que acontece hoy cuando en nuestro medio se entiende que el desarrollo se logra promocionando su dimensión económica sin que a ésta le acompañe la dimensión cultural. Cuando a la cultura se la entiende desvinculada de la atención a las raíces de la identidad local, regional, nacional, continental.

La calidad de vida pasa por la atención del arraigo al entorno natural y cultural, por el cultivo de la capacidad de diálogo de los sentidos con la irradiación de ser que emite el libro abierto de la naturaleza y de la comunidad. En este encuentro acontece el despliegue de la vocación trascendente del hombre, la aprehensión de su sentido integral, el

desarrollo y goce de su condición esencial de espíritu encarnado.

La calidad de vida radica para una visión estética, ética y ecológica del hombre, en asumir el proceso de encarnación. Encarnación del espíritu en la materia operante en el hombre y en el mundo. La presencialización del hombre y del mundo es condición *sine qua non* para entender y asumir un mejoramiento de la calidad de vida y esto pasa por comprender y asumir que todo lo existente está en un fino y complejo proceso de encarnación por el cual lo material es tocado por la dirección ascendente de lo psíquico y esto por lo espiritual. Cada uno es un ámbito pluri-dimensional que acoge e irradia energía vital que moviliza el sentido total de lo existente cósmico, humano, transhumano.

El proceso de encarnación pone en movimiento la disponibilidad entera del hombre para atender su cuerpo y su alma; esto pasa por su sincronía con el cuerpo y el alma del mundo.

En este punto se revela la relación profunda entre estética, ética y ecología. Al vivenciar el proceso de encarnación el mundo patentiza su riqueza de vida. Tal riqueza activa, interpela el reclamo de vida que alienta el cuerpo-alma del hombre. En el encuentro se revela la riqueza y sentido vital de lo existente humano y mundano. Este es el sentido profundo de la ecología.

La expresión y creación de ritmos y formas con que cumple fielmente su programa la naturaleza revela la vía para el despliegue de los seres del mundo, del mundo todo, incluido el hombre.

En este proyecto-trayecto ecológico alienta una estética por la cual todo lo existente busca abnegadamente, a veces patéticamente, el encuentro con su forma. Este encuentro se gesta en muchos casos a través de un acontecer que dura millones de años. Como tal es una invitación al hombre para que éste vea las diversas temporalidades implícitas en el acontecer del universo y, por tanto, en él mismo.

Este lento camino al encuentro con la forma es un caminar al encuentro con la vida en su mejor calidad.

En nuestros días creo que se está deteriorando la calidad de vida de nuestra sociedad, y pienso que esto deriva de que se han ausentado de la vida los valores que nos vinculan con los niveles trascendentes: la fe, la esperanza, el amor.

Por la fe, el hombre se vincula con la plenitud del ser y el tejido ontológico de lo humano, con ello, se hace más sólido, más fino, más coherente y resistente ante los embates de la existencia.

Por la esperanza, el horizonte de expectativas alarga su alcance, vislumbra su meta como tangiblemente accesible, y esta meta se aparece como efectivamente vital.

Por el amor, se concreta el encuentro con el bien. El bien amado se patentiza como fuente de vida que está en el ser, alumbrando, da sentido a la existencia.

Esto no sólo da mayor seguridad, ya que libera de la angustia, de la soledad, del desamparo, sino que une directamente con la fuente de vida, con el origen y con el fin. Esto permite a nivel material una perspectiva de mayor seguridad. Los avatares de la

fortuna pueden ser ponderados en su relatividad. Los bienes materiales no lo son todo. Son una parte, no la más importante. Hay otra instancia que está sobre mí, que me envuelve, que atiende mi proyecto y mi trayecto. Esta experiencia en la tradición cristiana se llama providencia.

Esta cobertura de la angustia redundante en una mayor fluidez, armonía y distensión psicológica. La presencia de estos valores garantizan, por tanto, una mayor calidad de vida, no sólo en lo material sino también en lo psicológico.

Finalmente, la presencia de estos tres valores, dan el temple y entusiasmo para asumir esto que podríamos llamar el cuarto instinto del hombre: su vocación de trascendencia, de inmortalidad, de eternidad.

El sentido de la existencia debe considerar la calidad de vida, pero la calidad de vida no tiene su fundamento primero y último en el ingreso *per capita*. O si se quiere, se afina en el ingreso *per cápita*, pero no de unos cuantos dólares más, sino en el ingreso a mi ser de la irradiación de vida, que emite lo humano, lo cósmico, lo divino, que puebla todo el universo.